



## Prólogo

*Noviembre de 1077. Highlands, Escocia, cerca del lago Lomond*

—Me estoy muriendo, Eve.

Esas palabras le dieron a Evelyn más frío que la helada agua-nieve, que le empapaba la espalda a través de la capa, y la hicieron tropezar con las raíces de un árbol en aquel bosque traspasado de oscuridad. Tiró de las riendas que llevaba en la mano para detener la yegua que llevaba a Minerva, y pestañeó para evitar que la gélida lluvia se le metiera en los ojos. Un trueno, retumbante, amenazador y ajeno a aquella fría tormenta de noviembre, ahogó los ásperos estertores de la vieja curandera.

Evelyn tragó saliva. Ella misma tenía la garganta áspera y pastosa por aquel viento brutal.

—¿Ahora? —preguntó con voz ronca. Al notar que Minerva asentía, apenas un estremecimiento de la cruda lana negra, Evelyn soltó a la exhausta yegua, extendió las manos y, tanteando, le agarró los huesudos muslos a la anciana.

—Dame la mano, que yo te...

Pero, para horror de Evelyn, la frágil mujer basculó hacia el otro lado de su montura y se escurrió del lomo del animal, aterrizando en la mojada oscuridad sin un quejido, pero con un sonido como el que habría hecho un haz de palos secos al caer. En el preciso instante en que Minerva caía al suelo, el delicado filamento de un rayo golpeó lo más profundo del bosque; la yegua retrocedió espantada y salió corriendo desbocada antes de que Evelyn pudiera volver a dominarla. En un abrir y cerrar de ojos, la yegua, con las pocas provisiones que les quedaban a las dos mujeres, desapareció como tragada por el espeso bosque.

Evelyn se quedó bajo el aguanieve, tan pegada al suelo como



cualquiera de los miles de árboles que se agolpaban a su alrededor, robándole el hálito con su malvada y ávida cercanía. El aguijón de la lluvia parecía cebarse en sus enfebrecidas mejillas y en su frente, y el pecho se le encogió todavía más, haciéndole depender de un doloroso resuello mientras bajaba la vista al inmóvil revol-tijo de harapos que era Minerva.

«Osea, que es así como quieres que acabe esto» pensó llena de apatía, y, por un breve instante, dejó que todos los fragmentos de su vida se arremolinaran a su alrededor como hojas secas a merced del vendaval, hiriéndole la fría y fina piel con dolorosos recuerdos. El horror de su propio nacimiento; el perverso asesinato de su padre; el infernal convento del que acababa de escapar. Sólo unas semanas antes, Evelyn había sentido que no le quedaba nada ni nadie en Inglaterra, de modo que había aceptado impulsivamente la invitación a acompañar a aquella bruja moribunda en un viaje de un mes de duración hasta la tierra natal de la anciana: los agres-tes y poco hospitalarios parajes de las Highlands de Escocia.

Evelyn pensaba empezar desde cero. Una nueva vida.

Pero, en lugar de eso, parecía que ésta fuera a terminar allí, per-dida en la maliciosa espesura de aquel bosque caledonio, con el cuerpo demasiado enfermo y debilitado para continuar sola, ahora que la vetusta curandera estaba muerta. Sin un caballo. Sin co-mida. Sin siquiera un cuchillo y un trozo de pedernal.

«Puede que las monjas tuvieran razón», razonó su cerebro fe-bril, «Es mi maldad contra natura. Dios me está castigando por mi perversidad».

«Pues que me castigue», se rebeló. «Ya estoy cansada... que sea Él quien me juzgue».

Evelyn cayó de rodillas en el mojado y pedregoso suelo. La poca fe que le quedaba no le bastaba para encaminarse a la muerte, pero tampoco pensaba seguir eludiéndola. Que Él viniera a llevársela a Su tiempo. Ella no haría otra cosa que esperar.

Entonces, el haz de palos secos que era la vieja curandera em-pezó a hacer ruido y a moverse hasta convertirse en un bulto alto.

Evelyn no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando, per-pleja, mientras la anciana se arrastraba por el suelo congelado del bosque, soltando con mucho esfuerzo unos gemidos muy extra-ños a cada paso que daba hacia delante.

—Ay, ay —resollaba Minerva, avanzando lenta pero implacablemente.

Evelyn se sentía exhausta, y no puedo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas ante aquel espectáculo tan deprimente, pero ya no le quedaban fuerzas. Ni voluntad tampoco.

Hasta que oyó el siguiente susurro desgarrador de Minerva:

—Ay, Ronan. Ya voy, Ronan. Ya, por fin, ya...

Evelyn puso cara de no entender nada. ¿Pues no acababa de nombrar Minerva a un hombre? Tal vez estuviesen más cerca del clan de la vieja bruja de lo que Evelyn creía.

Tal vez todavía hubiese esperanza para ellas.

Evelyn reunió las pocas fuerzas que aún le quedaban —llevaba cuatro días casi sin comer— y avanzó a gatas, con las manos entumecidas, hacia donde estaba la anciana.

—Minerva —la llamó, y la voz que salió de su garganta en carne viva resultó apenas un graznido—. Esperadme.

—Ronan —fue la única respuesta de Minerva mientras se encaramaba a un montículo de piedras irregulares, apiladas contra un árbol tan ancho que Evelyn no alcanzaba a distinguir bien su forma en medio de aquella noche tempestuosa de invierno.

Evelyn siguió a Minerva en su escalada por las rocas y se agachó junto a la anciana, que se había apoyado contra aquel roble inmenso. Evelyn sacó un brazo y se lo pasó a Minerva por detrás de los delgados hombros para que se acercara a ella. En lo alto, las ramas invisibles del árbol se chocaron unas con otras en un alboroto desenfrenado, un aplauso maléfico por la llegada de aquella mujer. Evelyn empezó a temblar.

—Ronan —volvió a suspirar Minerva.

—Minerva —tiritó Evelyn—, ¿quién es Ronan? ¿Dónde lo puedo encontrar? ¿Estamos ya en territorio Buchanan?

La cabeza de la anciana se echó hacia atrás sobre el hombro de Evelyn y sus ojos negros y llorosos la miraron a la cara.

—¿En territorio Buchanan? No, hijita: dejamos atrás las tierras de los Buchanan hace días y días, y más días...

A Evelyn se le paró el corazón dentro del pecho.

—¿Cómo?

La anciana le lanzó una sonrisa cadavérica.

—Estamos en territorio MacKerrick. En las tierras de Ronan.

Aquí es donde termina mi viaje. —La anciana tomó aliento a duras penas y Evelyn sintió con espanto una reverberación que le llegaba hasta la propia médula—. Y donde empieza realmente el tuyo.

Fue entonces cuando Evelyn se dio cuenta de que la ventisca había cesado. Unos copos de nieve, increíblemente gruesos, como la punta del pulgar de Evelyn, caían ahora suavemente, resplandeciendo entre las andanadas de relámpagos resplandecientes que transitaban entre las nubes bajas. Parecía que el bosque estuviera conteniendo la respiración.

—Minerva —la apremió Evelyn, desesperada por que la anciana comprendiera su situación—. La yegua se ha escapado llevándose consigo nuestras últimas provisiones. ¿Por dónde tengo que ir para encontrar a ese tal Ronan y que nos pueda ayudar? Pero sin más acertijos, os lo ruego.

La anciana cerró los ojos, entreabrió los labios y todo su esqueleto tembló.

Minerva se estaba riendo.

Entonces, aquellos ojos negros se abrieron y una sonrisa más amable que la de antes arrugó un poco más su rostro, iluminado por otro relámpago.

—Él ya está aquí, hijita. —Dejó caer su brazo delgadísimo sobre las piedras y les dio unas palmaditas llena de orgullo. Aquello sonó como si estuviera apilando pergaminos mojados—. Por fin he vuelto con él.

Evelyn dejó que sus efímeras esperanzas se derritieran como los copos que le caían sobre las mejillas encendidas. Resultaba evidente que la vieja curandera estaba delirando en aquellos últimos momentos tan espantosos de su vida. Evelyn no era capaz de guardarle rencor a Minerva, a pesar de que la anciana las había guiado ciegamente lejos del amparo del clan de los Buchanan e iban a morir en la inmensidad de aquel bosque gélido.

Como ya no había remedio, Evelyn se limitó a apoyar la mejilla sobre la áspera capucha de Minerva y suspiró, preguntándose si cuando todo hubiera pasado iría al cielo ella también, y si, una vez allí, conocería por fin a su madre. Si eso sucediese, Evelyn sabía que lo primero que le iba a preguntar era si había valido la pena. Si había valido la pena dar la vida por ella.

Le parecía un despropósito.

—No te vas a morir —susurró Minerva, arrancando a Evelyn de su fatídica fantasía.

La vieja bruja levantó la mano temblorosa que había apoyado en las piedras y le pasó el pulgar a Evelyn por el labio inferior.

—Por lo menos, hasta dentro de muchos años —añadió.

Por un instante, Evelyn creyó haber sentido que las piedras sobre las que estaba sentada habían temblado. Se dio cuenta de que se debía de haber estado mordiendo el labio, pues al pasarle la lengua reseca por encima saboreó su propia sangre, rica y tibia.

Evelyn tomó aliento y el aire le abrasó los pulmones. Decidió hacer caso omiso de la enigmática predicción de la anciana.

—¿Queréis que rece por vos?

Minerva se rió en silencio.

—No, hijita. No quiero esas oraciones tuyas, tan raras.

La anciana atravesó los ojos de Evelyn con la mirada. Cuando volvió a hablar, su voz tenía un tono de súplica que Evelyn oía por primera vez en las semanas que hacía que conocía a Minerva.

—Pero todos deberíamos marcharnos de este mundo con amor, ¿no crees, hijita?

Evelyn tragó saliva a través de las cuchillas afiladas de su garganta, aún con el sabor dulce de la sangre en la boca.

—Lo creo. —Evelyn se echó hacia delante y besó las dos mejillas de la anciana con los labios entumecidos—. Id en paz, Minerva Buchanan —le susurró—. Os ha amado mucha gente. Yo incluida.

Evelyn se apartó un poco para contemplar el rostro de la vieja curandera, cuya palidez resplandecía en la oscuridad de aquella noche, húmeda como una luna marchita. Sus ojos negros estaban ya muy lejos y parecía feliz, con una sonrisa de satisfacción en los finos labios.

Pero la anciana no contestó.

Finalmente, Minerva Buchanan había muerto.

Evelyn despertó de su sueño gritando sobresaltada, con el corazón latiéndole a toda velocidad, y entrecerró los ojos a la tenue luz del sol que se filtraba por la niebla gélida del bosque.

Se notaba la garganta tan seca como si se le hubiese vuelto del revés, pero el dolor que le oprimía el pecho se había reducido a la mitad. También se le debía de haber pasado la fiebre, porque estaba congelada hasta los huesos.

Evelyn bajó la mirada hacia la curandera muerta, que seguía acurrucada entre sus brazos. El rostro de Minerva estaba cubierto por una capa azul de escarcha cristalina. Sus ojos abiertos miraban a Evelyn, pero ahora eran plateados y en su interior sólo había vacío. Una mano agarrotada seguía prendida de la capa de Evelyn, y ésta se apresuró a soltar su abrigo de aquel gancho rígido, con la urgencia de soltarse del cadáver entre jadeos y gemidos por un deseo repentino... o tal vez por superstición. La garra de la muerta quedó erguida en el aire gélido, y Evelyn vio que la anciana tenía un corte diminuto en la yema del pulgar.

Evelyn se bajó del montículo de piedras gimoteando, y una vez de pie en el suelo congelado del bosque se llevó instintivamente una mano a la boca. Se frotó los labios con las yemas de los dedos —sin ternura alguna— y se miró la mano.

No tenía sangre.

Evelyn contempló a la vieja bruja durante lo que le parecieron horas, como esperando que Minerva se despertara de su sueño pétreo y descendiera de aquellas piedras. Como el cadáver permanecía inmóvil, Evelyn se puso lentamente de rodillas y juntó las manos a la altura del pecho. Cerró los ojos y levantó el rostro hacia aquel cielo tan bajo.

Pero no le salía ninguna oración. Por más que lo intentara, la mente de Evelyn no era capaz de reproducir ni el más simple de aquellos versos que se sabía de memoria. Tras muchos meses viviendo entregada a la oración en el convento, notó que su fe flaqueaba debido al cansancio y la impotencia. Ya una vez se había refugiado en la religión, pero allí sólo había encontrado muerte y libertinaje, avaricia e hipocresía. Dios no escuchó sus plegarias confusas entonces, y ahora había olvidado la manera o la razón de pedir misericordia. Pero ya no le importaba. Desde el momento mismo en el que Evelyn decidió no regresar jamás al convento, sintió que se había condenado. Dios no se iba a apiadar de una joven confusa que en su día fue de condición noble y desertó de la llamada divina por miedo y por cinismo. Una mujer que pre-

fería pasar su vida entre animales a pasarla entre personas, pues las bestias entendían a Evelyn como nunca nadie la había entendido. Su entrega hacia los animales era una afición perversa, como tantas veces le habían dicho las monjas. Era pecado. Una blasfemia. Y las blasfemias, el pecado y la perversión no estaban bien vistos por las hermanas.

Aquellos pensamientos oscuros se vieron interrumpidos por los relinchos de un caballo, y Evelyn abrió los ojos de golpe. ¿La habría llevado su desesperación a imaginarse aquel relincho? ¿O acaso Dios no la había abandonado del todo? A modo de respuesta, el animal volvió a relinchar, y Evelyn pensó que aquel caballo no debía estar muy lejos.

El corazón empezó a latirle con fuerza, como un martillo sobre la fría piedra.

—Amén —suspiró, aunque de sus labios no había salido oración alguna, y se puso de pie.

Rodeó dando tumbos la falda de piedras de aquel árbol, que se había convertido en la tumba de Minerva, y avanzó por el bosque haciendo eses entre los árboles como si estuviera borracha, aguzando el oído por si volvía a oír el lamento del caballo. Tenía que ser la yegua de Minerva. Tenía que ser.

—¿Dónde estás, preciosa? —susurró Evelyn—. Necesito las alforjas.

Su vida dependía de aquellas alforjas. Aunque en ellas no había comida, había guardado dos trozos de pedernal para hacer fuego y su daga en las sacas de cuero que llevaba la yegua atadas a la montura. Las demás cosas que había dentro le parecían fruslerías dadas las circunstancias.

Se detuvo apoyando una mano en la áspera corteza de un haya que encontró a su paso, y escuchó atentamente.

¡Allí! A su derecha oyó un crujido, un chasquido y un golpe seco, como el ruido que hacen las ramas al partirse y caer al suelo. Evelyn se apartó del árbol y trató de avanzar con tranquilidad hacia el lugar del que provenían aquellos sonidos, a pesar de la voz histérica que gritaba dentro de su cabeza para que se alejara corriendo de allí, tan rápido como le permitiesen las piernas. Sólo le faltaba que aquel animal se espantase y saliera corriendo por el bosque.

Empezó a nevar de nuevo. Los copos diminutos que bajaban flotando desde el cielo llenaron aquel paisaje forestal de contrastes entre el blanco y el negro, la luz y las sombras, en un amanecer y un atardecer simultáneos.

Al otro lado de un pequeño pinar que había justo ante sus ojos se elevó un remolino de nieve seca. Una vez y otra, y otra. Oyó un resoplido, un ronquido, una respiración irregular.

Evelyn se paró de nuevo y chasqueó la lengua. El resoplido cesó y todo quedó en silencio, salvo por los fuertes latidos de su propio corazón.

—Aquí, preciosa —llamó a la yegua.

Avanzó un paso más y dio un silbido.

—Tranquila, que ya estoy aquí.

Avanzó entre los pinos, y la capa se le llenó de agujas que luego iban cayendo al suelo, dejándola cubierta de polvo blanco y frío. El aroma verde era tan intenso que a Evelyn se le encogió el estómago vacío.

Un relámpago negro entre las ramas llamó su atención, pero desapareció danzando entre las agujas. Evelyn siguió avanzando.

Descubrir la sangre habría bastado para detener a Evelyn. La nieve roja y humeante se derretía formando un barro negro. Se veían salpicaduras carmesíes que explotaban y se derramaban desde el cráter en el que se acababa de librar una batalla corta, pero letal.

En efecto, Evelyn había encontrado a la yegua de Minerva. Tumbada de costado, muerta, con la boca abierta bordeando los dientes cuadrados llenos de sangre, como si la hubieran sorprendido. Le habían arrancado la garganta.

Pero detrás del pecho inmenso de la yegua se escondía algo aún más aterrador, que ahora gruñía hacia Evelyn: un sonido intenso y húmedo, pletórico por la muerte del animal.

Había un lobo negro allí sentado, con el hocico brillante de sangre aferrado a las entrañas que había desgarrado del vientre del caballo. La bestia era enorme: grandes los huesos y ancho el pecho bajo el espeso pelaje.

—Dios santo —musitó Evelyn mientras aquellos ojos amarillos se clavaban en ella.

Los costados del lobo se inflaban y desinflaban con esfuerzo



y preocupación, e, incluso a aquella distancia, Evelyn alcanzó a ver las costillas famélicas del animal y el hueso prominente de la cadera a través del pellejo sin brillo de la bestia. Había estado a punto de morir de hambre.

Volvió a gruñir, esta vez con más intensidad.

*Lejos. Esto es mío.*

Evelyn tragó saliva mirando de refilón las alforjas, que seguían atadas al caballo muerto.

—No te voy a hacer daño —dijo en voz baja, muerta de miedo.

Le venían a la mente muchas ideas a la vez, y decidió rápidamente que lo más sensato era alejarse un poco y dejar que el lobo terminase de comer. En cualquier caso, de poco le servía ya la yegua. Cuando el lobo se hubiera saciado, Evelyn volvería para recuperar las sacas.

Emprendió la retirada.

La bestia se puso en pie de un salto, dejando caer las entrañas con un chorro de saliva sanguinolenta y se abalanzó ladrando hasta detenerse en medio de la nieve, a menos de tres metros de Evelyn.

De haber tenido algún líquido en la vejiga, lo habría perdido en aquel preciso instante.

—¡De acuerdo! De acuerdo —se apresuró a decir—. Me quedo quieta.

El lobo gruñó y volvió lentamente de espaldas hasta el vientre rasgado del caballo. No le quitó la vista de encima a Evelyn ni siquiera cuando se puso de nuevo a comer.

Tras casi una hora contemplando el atracón del lobo, las piernas entumecidas de Evelyn ya no soportaban su peso y lentamente se sentó sobre la nieve que se había ido acumulando. La bestia se puso tensa ante aquel movimiento.

—Es sólo para descansar un poco —le susurró.

El animal terminó su almuerzo.

Evelyn se comió un puñado de nieve.

Estaba cubierta con un manto de polvo y helada hasta los huesos cuando el lobo por fin se levantó. Se la quedó mirando mientras se relamía con mucho estruendo. Sólo entonces se dio cuenta Evelyn de que era una loba.

Evelyn tragó saliva.

—Bueno, ¿cómo hacemos ahora? —le preguntó con delicadeza.

El animal agachó la cabeza y Evelyn aprovechó para mirar las alforjas, parpadeando para sacudirse la nieve de las pestañas.

La loba se estiró a voluntad y luego se sentó en la nieve.

Evelyn suspiró aliviada.

—Debes comprender que tengo que cogerlas.

La bestia se quedó mirándola durante un buen rato y luego se levantó para alejarse de su presa describiendo un amplio círculo. Se dirigió con paso rígido hasta la otra punta del pinar y se tumbó con un regüeldo.

—De acuerdo, pues —Evelyn respiró hondo—. Me llevo solamente las alforjas, te lo juro.

La loba no se movió.

Evelyn se levantó tan despacio, que tardó más de un minuto en ponerse de pie. Con mucho sigilo, fue arrastrando los pies por la nieve. Avanzaba muy lentamente hacia el caballo, sintiendo apenas el frío salvaje que le quemaba la piel descubierta a través del cuero desgastado de sus zapatos. Sentía el corazón congelado y tembloroso, como si le fuese a estallar cuando se agachase al llegar donde estaba la yegua. El olor de la sangre le producía náuseas y no paraba de salivar. El cadáver aún irradiaba calor.

La loba apoyó la cabeza en las patas delanteras.

Evelyn pasó una mano por debajo de la solapa tiesa de frío de una de las sacas y rebuscó a tientas hasta que palpó la empuñadura de la daga, tan helada como su piel. La sacó muy, muy lentamente.

—No es para hacerte daño, preciosa —le dijo a la loba en tono tranquilizador al ver que levantaba las orejas, rezando para que la bestia no se le echase encima antes de haberse hecho con las alforjas. Cortó torpemente la correa que las unía al caballo y tiró de ellas, sujetando con fuerza la daga contra su pecho.

—Bueno, ya está. Eso es todo. —Evelyn se levantó con ganas de echarse a llorar. La salvación estaba ahora en sus manos.

—El resto es para ti, como te prometí. —Empezó a alejarse de la res.

La loba alzó la cabeza, gruñendo intensamente, y Evelyn se

quedó petrificada en el sitio. Pero el animal no la estaba mirando a ella, sino hacia el interior del pinar.

Entonces Evelyn oyó el suave crujido de la nieve a su espalda y se dio la vuelta.

Nada menos que cinco lobos más estaban rodeando el pinar, todos ellos de color gris y algo más pequeños que la loba, pero así y todo, enormes y mortíferos. La miraban deseosos, con las lenguas fuera de las bocas chorreantes de saliva.

*Carne fresca. Viva. Caliente. Hambre, hambre...*

A Evelyn se le hizo un nudo en la garganta al imaginarse su cuerpo destripado como el de la yegua. Un miedo diferente de todos los que había sentido antes la dejó tan paralizada que no habría podido ordenar a sus piernas que se movieran ni aunque tuviera una vía de escape.

Estaba atrapada entre todos aquellos árboles.

El más atrevido de los recién llegados se acercó a ella con un movimiento rápido, y entonces se detuvo como queriendo provocarla. Había algo diferente en aquel lobo... una consciencia parecida a una niebla siniestra que se deslizase sobre la nieve para enredarse en los tobillos de Evelyn. Era una fiera muy, muy vieja, llena de cicatrices, con ojos llorosos y sin alma que revelaban sus oscuras intenciones.

*¿Correr? ¿Vas a correr?*

Los animales que se habían quedado detrás del líder empezaron a aullar, y Evelyn oyó un chillido de pánico que brotaba de su propia garganta. *Dios santo*, empezó a rezar, capaz por fin de dirigirse a su hacedor ahora que aquellos colmillos tan largos y aquellos hocicos arrugados y temblorosos la tenían hipnotizada.

*Que pase rápido, por favor.*

El jefe de los lobos pegó un salto en medio de un intenso rugido y Evelyn cerró los ojos.

Recibió un empujón que la hizo caer de lado, y el sonido de aquellos rugidos infernales le llenó los oídos. Pero al darse cuenta de que no tenía dientes clavados por ningún lado, los ojos se le abrieron.

La loba negra se había enredado con el lobo gris, y ambos se inmovilizaban mutuamente con las patas delanteras en un amasijo de pellejos y colmillos.

Otro lobo gris se abalanzó sobre el lomo de la loba negra, enseñando los dientes, obligándola a soltar un chillido sobrecogedor.

Evelyn sabía que en cuestión de unos segundos la iban a atacar a ella también. Se arrastró hacia atrás sin soltar en ningún momento la daga ni las alforjas, y de repente se vio fuera de la batalla y corriendo —*volando*— por el bosque, alejándose de aquella locura. Los sollozos ahogados hacían que le temblaran los labios, y el aire bramaba al entrar y salirle por la nariz. Corría y corría para salvar la vida.

La vida que le había perdonado la loba negra. Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Aquellos ojos amarillos resplandecían en la mente de Evelyn.

Tuvo la impresión de haber pasado horas corriendo, hasta que llegó a una cuesta: una parte del terreno, redondeado por la nieve, que se elevaba en medio del paisaje de árboles con los troncos enterrados hasta la mitad. ¿A qué distancia estaría el precipicio que habría detrás? ¿A un par de metros? ¿A una decena? ¿Y qué habría debajo? ¿Una ciénaga indulgente? ¿Un río helado salpicado de ramas puntiagudas?

Evelyn no lo sabía, pero no podía detenerse. Prosiguió hacia el borde a la carrera dispuesta a dar un salto enorme.

Todavía faltaban un par de metros para llegar al precipicio cuando cayó dentro de la tierra misma y la oscuridad se tragó su grito.